

## VIAJE A POLONIA. UNA CRÓNICA PARROQUIAL

Cuando llegamos Carmen y yo, en torno a la ventanilla correspondiente del aeropuerto de Barajas alternan enseguida las caras felizmente vistas todos los días con las todavía no conocidas físicamente o dejadas de ver hace muchos años. Pero no es extraño nadie. Estamos en la doble familia de la feligresía y el paisanaje. Tres parroquias de la diócesis de Segovia, la Villa de Sepúlveda, Duratón y Uruñeas. Un solo párroco, Slawomir Harasimowicz, “Suave” para nosotros, una simplificación antroponímica de motivación pastoral, para evitar a sus ovejas las consabidas dificultades fonéticas. Rumbo a su tierra de Polonia, que por eso ya sentimos un tanto nuestra también.

Sabido es que la vida de los monjes es retirada, claustral. Los benedictinos tienen además un voto de estabilidad que hace excepcionales sus cambios de monasterio. Sin embargo, dom Gerard Van Caloen, uno de los personajes formidables de su restauración decimonónica, escribió que el monje cuando viaja se beneficia incluso para su vida consagrada de la mayor libertad del espíritu. De lo que a nosotros no nos cabe duda es de la plenitud parroquial de este itinerario nuestro.

María, la de mi quinta, siempre bien escoltada por Beli, ilusionada aunque crea insuperable su emoción en La Coruña, al ver por vez primera el mar en un viaje también de la feligresía. Bienaventurada ella. Que uno de los factores determinantes de que se haga cola en los consultorios psiquiátricos de nuestro tiempo, es la pérdida de la capacidad para el asombro del hombre moderno. La vitalidad arrolladora de Petra, una constante. Junto a Juan, y dos de sus hijos, que nos hacen echar tanto más de menos a los otros dos, Rober y Aurora, y si se me permite, yo particularmente a los hijos de Rober y Carmen, de quienes evoco con nostalgia la curiosidad fecunda y segura, sobre todo esto, que a cada paso habrían sentido y manifestado y con la que nos habrían acompañado. (Estas notas son para los compañeros de viaje y algún otro coterráneo o amigo muy de cerca. Pero no me arredra que entre sus escasísimos lectores los haya que no conozcan a las personas mencionadas. Sin vanidad creo posible, si acierto a comunicar un ápice de la atmósfera respirada, hacerlos tan partícipes de sus menciones y noticias cual si se los hubiera presentado. Me acuerdo ahora, por contraste, de un homenaje póstumo a un cronista de Madrid tan erudito como amable. Fue invitado un político hijo suyo. El cual, ni contó nada ni tuvo en cuenta siquiera la tal dimensión filial. Prefirió hacer unas consideraciones abstractas que parecían muy mal traducidas del alemán. Mi ideal sería aquí conseguir exactamente lo inverso).

Personalmente, a mí este viaje me parece una página de cuento de hadas. Por implicar los desposorios de dos constantes en mi vida, el entusiasmo hasta el fanatismo por la tierra nativa y la curiosidad devoradora y desbordante hacia todas las demás. Por eso la valoro tan esperanzadoramente en los nietos de Petra. Un itinerario abrigado por el calor de los paisanos. Pero a Polonia y guiados por nuestro párroco polaco.

**Domingo, 30 de abril. Varsovia.**—El comisario Wallender, protagonista de la espléndida y profunda serie policíaca de Henning Mankell, al poco de reflexionar que la vida en Suecia cambió desde que las suecas dejaron de remendar calcetines, vio a una señora remendando un calcetín en un vuelo interior. Me acordaba yo de esto mientras nos comíamos, antes de subir al avión o en él, los bocadillos traídos de casa. Como en los tiempos de aquellos otros coches de línea. Tanto que me parecían un anacronismo las musas de ágiles rodillas, como las poetizó Jaime Gil de Biedma, las azafatas que, a pesar de todo, pasaron con su carrito, pero “de pago”. Mas cambié de opinión cuando, a punto de aterrizar, nos dieron gratis un caramelo.

Fui leyendo en la prensa los detalles de la victoria del Celta sobre el Coruña- en mis tiempos no se decía Deportivo-, el ahora llamado *derby* que siempre me trae a la memoria un pequeño episodio anecdótico del internado claretiano de Aranda, cuando los resultados de la jornada liguera nos llegaban durante la cena del domingo, aportados por el fraile radioescucha de ello encargado, un silencio sepulcral mientras nos los leía el padre director que nos presidía siempre. Seguido del torrente de las emociones contenidas, a los partidos de los equipos con muchos partidarios- se decía así, no “seguidores”; tampoco estaba en curso la palabra “selección”. Mas un silencio sepulcral ante el “Coruña 1-Celta 1”. Criterio cuando el padre Morrás nos amonestó: “¿A los pobres gallegos no los decís nada”. Y el caso es que el Celta tenía entre nosotros un “partidario”. Pero ésta es otra historia.

Suave rezando el breviario. Una continuidad en la impronta característica de la tipografía sacra. (A propósito. Luego mencionaré a san Pedro Damiano. Comenta éste que los monjes reclusos, los pocos que en la camáldula hacían una vida solitaria del todo, al rezar el breviario decían *dominus vobiscum*, teniendo que contestarse a sí mismos *et cum spiritu tuo*. ¿Contradicción? ¿Frivolidad? No. Porque con ellos estaba espiritualmente toda la iglesia. Se lo comenté yo a Suave una vez. Y me dijo que el mismo caso es el del cura de Sepúlveda).

Nos recibe una lluvia bienhechora. A Paul Claudel siempre le recordaba el agua del bautismo. Yo confieso que nuestros últimos veranos tórridos me han reconciliado con el fresco. Hasta estos mis años postreros no conocía otro enemigo climático que el frío. En todo caso, la temperatura que en Polonia encontramos es grata, alejada del sufrimiento de los extremos.

La primera visión al ir descendiendo ha sido de tierras, prados con algún trozo de bosque, casitas. Ningún rascacielos hasta salir del aeropuerto. Camino del hotel, los bloques de hormigón del régimen anterior. Alicia, la eficaz y amable guía que nos acompañará hasta tomar el avión de vuelta, nos dice que un edificio muy alto terminado en flecha a lo lejos fue el regalo a la ciudad de José Stalin.

El hotel se llama Chopin. En el vestíbulo, el rostro romántico del compositor, muy agrandado, nos evoca los viajes largos y sosegados de su tiempo, sosegados nada más que en tiempo quiero decir. Por algo, por eso mismo entre otras cosas, era corriente otorgar testamento antes de emprenderlos. ¿Os acordáis de *Un invierno en Mallorca* de Jorge Sand, la amiga del músico?

Enciendo la televisión. Billar en la cadena de Eurosport. Ahora mi evocación es de otros días sepulvedanos, aunque ciertos bares sean los mismos, tampoco los precios. Y alguno queda, ¿no? ¿Con jugadores?

Primera vuelta a la ciudad. Merece la pena mojarse para contemplar el monumento a Chopin. Lograda la conjunción del arpa, las manos del ejecutante, éste bajo aquélla. Todo en un conjunto de líneas que se evaden como el mejor Bernini,

La terrible memoria de los desastres del siglo XX. A su vista aquí, el profundo dolor de su vigencia ahora en otras latitudes. El ghetto, Katyn. Pero en la iglesia de la Santa Cruz, mejor dicho en las dos, pues se compone de la alta y la baja, leemos *sursum corda*.

Sentimos que toda Europa pasó por un interludio fallido en las entreguerras, la etapa que nos recuerdan los monumentos a Pilsudsky y Paderevsky el pianista presidente. De ese tiempo el inmenso edificio del Parlamento, con forma de tienda turca. El correspondiente chiste, a

propósito de su analogía con los circos, sobre las ocupaciones y mentalidades de los diputados. (Aquellos, literariamente, fueron los del que yo he llamado generoso diluvio de las novelas cortas. Una de sus colaboradoras habituales fue Sofía Casanova, una hispano-polaca, muy viajera también. Estando yo ya en un curso de doctorado, en la década de los cincuenta, en el que había un alumno polaco, el coronel Páramo, auxiliar de don Joaquín Garrigues, le comenté haber leído la noticia de la muerte de aquella en Polonia. Pero tanto ésta como España se parecían entonces muy poco a las de aquel antes).

¿Y qué decir de la posguerra? Monumento al primado Wyzinsky. Y a De Gaulle, como domiciliado que estuvo en la ciudad, profesor en su Escuela Militar, para un ejército naturalmente de nueva planta. Nos resistimos a comentar éste último, evocador de nuestro vecino de país. No es de este lugar ceder a cuestiones personales.

Por su impenetrabilidad amable, seduce el Jardín de Sajonia, con el verde pálido de su fondo a estas horas de la tarde y esta leve luz. En su anchurosidad mansa, el Vístula es tanto una lección de geografía como una invitación excursionista. En el despliegue de la iglesia de San Lorenzo, junto al zoo, el encanto de la vida urbana que nos hemos empeñado en dejar de sentir, es más, que nos hemos propuesto perder.

Otras iglesias esplendentes, que luego volveremos a encontrar. El estallido neogótico de la catedral del barrio de Praga, la apoteosis de cúpulas de la ortodoxa, la generosidad acumulativa de Santa Ana donde los estilos se desposan. A cada momento nos salen al paso estampas de Roma. La fachada barroca del Ministerio de Cultura y Tradición Antigua, antes Palacio de los Primados, es la definitiva victoria sobre la línea recta. Como en la Ciudad Eterna, el Palacio Massimo alle Colonne.

La de la Biblioteca nacional nos hace fantasear sobre la relación entre el continente y el contenido, cual el símbolo de una encuadernación gigantesca. Con el trasfondo de algunas instalaciones esplendorosas de ciertas bibliotecas monásticas germánicas, no tan lejos de acá. ¿Como no recordar al encuadernador Galván, en su santuario luminoso de Cádiz? He dicho encuadernador. Porque el fundador de la dinastía sigue estando con nosotros, y confiere una definitiva unidad a todos sus sucesores.

A propósito de la impronta romana nos acordamos de que el autor de *Quo vadis* era polaco. Esa consagración literaria de la novela piadosa paleocristiana, la ascensión definitiva de la *Fabiola* del cardenal Wiseman, nos trae a la memoria algunas páginas de nuestro canónigo Horcajo pertenecientes al género, tal su relato de los orígenes del cristianismo en la Villa: los dos discípulos de San Segundo o de San Jeroteo que vivieron donde ahora está la iglesia de Santiago, el neófito que los advirtió de la decisión pagana de darles martirio, su refugio en una cueva del Cañón donde dejaron una cruz y una imagen de María, llegada la paz de religiosa la edificación de la iglesia del Apóstol y otra de la Virgen...Dispensemos a don Eulogio de la cita de las fuentes. Soñemos con él.

Nuestro párroco se complace de que la iglesia de los Camaldulenses nos salga al paso dos veces en nuestro itinerario. Sugerentes memorias de esa familia religiosa, a la vez de las alas de la anacoresis y el cenobitismo. De la dignidad parsimoniosa de san Romualdo a la exuberancia literaria y doctrinal de san Pedro Damiano. Fuera de la ciudad, sus hábitos blancos han dado nombre al pueblo de Bielany. Como en el centro de Pomerania, el topónimo de Cartuja, la orden monástica gemela de aquella, las dos únicas en Occidente. Por cierto camáldula y cartuja nombres geográficos ellas mismas, ahora hechos tan comunes que por eso los escribimos con la minúscula de la familiaridad. Suave me invita a que cuente algunas curiosidades monásticas. Hago ver que la unión europea no es una novedad que hayamos de agradecer a los mercaderes de la política de ahora. El mismo san Bruno era un canónigo de Colonia que fundó su orden en Francia. Como san Norberto, el arzobispo de Magdeburgo, la suya de canónigos regulares en Premontré.

Tres monumentos, entre otros más que nos van saliendo al paso: Adán Mickiewicz, Copérnico, Segismundo III. Esta escultura polaca al aire libre está en posesión de un logro de proporciones y acoplamiento al entorno que no se da siempre por doquier. La ingeniería de los tubos de la calefacción, llegando a modificar el paisaje urbano, no vamos a decir que sea bella. Pero al parar mientes en su finalidad nos reconciliamos con su pobreza estética, y hasta con lo inoportuno del emplazamiento si es que se da.

El trozo de paisaje anodino que se ve desde la ventana del hotel aloja entre construcciones impersonales la cúpula de una iglesia. Es la hora de los perros. ¿Quién se ha inventado eso de que éstos sean animales de campo? Tan urbanos como el hombre por lo menos. Por cierto que vemos más abundancia de canes que hace catorce años. Buen síntoma.

El grupo frecuenta el bar. Y se hace costumbre dar un paseo después de la cena, naturalmente temprana para nuestro extravagante horario nacional. Paseos fructíferos y evocadores por la situación lo bastante céntrica de nuestro hotel. Otro de los logros de esta excursión.

La otra generación de Duratón, allí la vivaz Micaela, me habla de la de mis tiempos. Yo les aporto algún dato ya olvidado, como haber estado el pariente de alguno de ellos, siendo casi un niño, al servicio del Presidente del Gobierno, don Alejandro Lerroux, en su chalet de la sierra. Por cierto que él me aportó en su día un dato interesante para la historia contemporánea, el de recibir entonces el *premier* del bienio, otrora revolucionario feroz. abundantes visitas de curas y frailes.

**Lunes, 1 de mayo. A Gdansk.-** Camino del mar Báltico. Los árboles que encuadran el Vístula son poco frondosos, pero bastan para la composición de lugar campestre de que ayer decíamos. Al cabo de bastante recorrido, los trozos de bosque van sucediendo a las tierras y los prados. De los lagos, a miles se cuentan en Mazuria nos dicen, sólo vemos algunos botones de muestra. Son glaciares, como las pequeñas colinas con que alternan. Algún nido de cigüeñas. ¿Cómo no evocar ese genuino rascacielos de cigüeñas que es la torre de Duratón? Difícil encontrar un tan formidable canto a la vida, de veras digno de Beethoven. Seguimos, en los árboles muchos y espesos nidos de grajinas. Esta vez los recuerdos son de la Villa y sus riberas.

Impera el poblamiento disperso. Hornacinas con imágenes de la Virgen a la entrada de los caseríos, bastantes cruces a la vera de los caminos, donde también están los cementerios. Éstos aquí se visitan en la navidad, asociados así los que fueron a la reunión de los que quedamos. Y el día de los Santos también se llevan velas para que ardan en las tumbas abandonadas, porque ya no tienen a nadie. Como en Sepúlveda la de don Pablo Santos Isabel, el Registrador de la Propiedad, con cuyo recordatorio de inauguró la imprenta. Como notario, yo me creí obligado a que Juan-Emilio restaurara su lápida. En el día de hoy, las imágenes están rodeadas de cintas y flores por haber empezado el mes de María. Una pareja de bisontes. Pero les habrán traído del Este para alguna exhibición. Hasta aquí no llega su territorio.

La omnipresencia de la huella católica y su entroncamiento en la nacionalidad me recuerda una de mis últimas lecturas historiográficas, la documentación del tira y afloja entre el Papa y el Zar, de 1880 a 1882. Tengo, por ejemplo, una nota sobre una de las reuniones, el 25 de septiembre de 1881, entre el cardenal Seretario de Estado, Nina, y el enviado ruso Mossolow: “El Eminentísimo Cardenal responde que la acogida festiva que los fieles hacen al obispo en su visita a sus pueblos y ciudades, no tiene desde luego un significado patriótico, sino que es

una manifestación pública del respetuoso afecto que les liga a su pastor, al cual no ven a menudo y que viene a administrarles el sacramento de la confirmación, una manifestación de sentimientos que está vigente en la costumbre de las gentes, como el mismo cardenal vio y tocó con la mano en su viaje a Galitzia y la Polonia austriaca el año 1877...”.

En el autobús, nos conforta el tentempié con que Alicia nos obsequia, *pierniki*, un pan con clavo, nuez moscada y canela, con o sin mermelada y chocolate. Tiene varios nombres. Pero nos quedamos con el de “catalino”, que viene de la hermana monja de Copérnico así llamada, dedicada en Torun a su elaboración. Esas especies nos recuerdan que Indonesia se llamó antes Indias Neerlandesas, la presencia flamenca con que nos vamos a encontrar al llegar a nuestra meta de hoy, los lazos con la Liga Hanséatica, la Lübeck de Thomas Mann. El *pierniki* se nos antoja a medio camino entre el *plum-cake* y los picatostes. Es bocado de invierno e interior. Hasta le atribuiríamos alguna virtud de cordial farmacológico, aunque nada más que por añadidura. Sin embargo, no viene mal a esta nuestra mediada mañana y campo traviesa.

**Ellbag**, pequeña ciudad episcopal. El ladrillo de la catedral de San Nicolás. Algún atisbo del casco antiguo, también reconstruido. (En este país todo está reconstruido mientras no se demuestre lo contrario. Y no lo notaríamos si no se nos dijese ¡Que lección!).

Comida en el restaurante *Jsbá Staropolska*=“Hogar interior de la vieja Polonia”. Una fachada lisa y adocenada. Pero traspasado el umbral, se nos despliega un espacio de dimensiones insospechadas, lleno de rincones que atesoran esmeradamente la tradición viviente de la casa- tal una cucharilla enmarcada-, profusa la decoración pictórica, entrega plena al *horror vacui*. Como ese secreto del barroco, de ofrecer la sorpresa de los esplendores detrás de la vulgaridad del plano y la recta. Tal por ejemplo en la sacristía de la Cartuja de Granada. También cuidado aquí el arte de la mesa.

Campo de concentración de **Stutthof**. El primero de todos. Se puso en funcionamiento preliminar quince días antes de empezar la guerra. Confieso que no logro recordar a qué corresponde la cifra de 7.000 que en mis apuntes sobre el terreno he tomado. ¿El número inicial de reclusos, los de las oleadas de autobuses que se trajeron a los polacos de la región que el partido nazi tenía desde mucho antes en sus listas negras?. El olvido me da pie para reflexionar en torno a la trascendencia o no de las cifras del horror. Se ha dicho que las de esta historia del crimen no interesan. No estoy de acuerdo del todo. Son realidades que no hay que preterir. Pero eso sí, no las esenciales.

Curiosamente otra cifra, aquélla misma dividida por mil, 7, es la de los españoles que aquí estuvieron. En Europa, sólo Irlanda y Portugal no hicieron ninguna aportación. Aunque hubo también chinos y marineros americanos. La cifra de los registrados llegó a ciento diez mil. Pero no lo eran todos. Se calculan unos veinte mil más.

El kilo de pelo de mujer valía cuatro marcos. Vemos un montón de muestra de los zapatos que a su entrada se quitaban a los presos, y eran enviados a Alemania para aprovechar su escaso valor. El capítulo del asesinato no nos debe hacer olvidar el del robo en ese libro negro de nuestro siglo XX. ¿Y si pensamos en la Unión Soviética y en España? Pero no es éste el lugar. Los niños nacidos en el recinto eran asesinados inmediatamente. La página nos entronca con las de la infancia abandonada que guardan nuestros archivos sepulvedanos, los de la Casa de Expositos de San Cristóbal. Algún parentesco aunque remoto. Pero no conviene pensar que el salto de una a otra abominación es infranqueable. Otra asociación: aquí los hombres perdían su nombre. Éste era sustituido por un número que tenían que saberse en alemán. Cotejemos su parecido con los cálculos economicistas del siglo en que vivimos. Cada hombre es también sustituido por una cifra. Tal a propósito de comparar el coste de la prevención de los accidentes con el gasto causado por éstos si tienen lugar.

No voy a describir detalles. No se nos ahorra una pequeña cámara de gas, aunque aquí no hubo muchas. Parece que la asfixiante agonía era larga y muy penosa. Pero la visita nos ha sido una catarsis bienhechora. Y cuando Suave reza un padrenuestro por aquellos muertos sentimos como si la atmósfera se purificara. (Entre paréntesis. Desde marzo de 1945, los soldados soviéticos estaban a siete kilómetros del campo y conocían su existencia. Pero hasta la capitulación alemana en mayo no se les ocurrió franquear esa distancia).

A la entrada de Gdansk hay un cementerio simbólico, cual un anónimo cenotafio estilizado. El de tantos polacos cuyas tumbas o son desconocidas o hubieron de ser abandonadas a la fuerza en tierra que quedó fuera de la patria. En la ciudad, un monolito recuerda a algunos de Ucrania. Con una cita de Mickiewicz, la imploración de éste al cielo de ser olvidado si él se olvida de sus difuntos.

Al volver al antes llamado Dantzig, los pináculos de la estación neogótica de ladrillo. Mi perenne nostalgia de la tremenda solemnidad ferroviaria. El hotel se llama Evelius. Juan Evelius fue un astrónomo del seiscientos, descubridor de estrellas, y cuyo mapa de la luna estuvo vigente hasta muy adentrada la investigación contemporánea. Tiene cerca su monumento. Y su tumba en la iglesia de Santa Catalina. En el vestíbulo del hotel, bien dibujado e iluminado, integrado en el revestimiento de cristal policromo, el fragmento de una carta latina suya al rey Juan III Sobieski, acompañatoria de su regalo al soberano de un atlas celeste: *Sideris hujus novi Gaedam nuper detecti utrumque numerum reliquorum astrorum [...] qualem hanc declinationem in sempiternam gloriam Sacratissimae Regiae Majestatis*. Pedro de Frutos y yo nos hacemos fotografiar encuadrando la epístola hecha epigráfica. Juan Emilio por su parte lo hace en el monumento dicho. (Por cierto que, el asombroso círculo de cultivadores de la latinidad creadora que hubo en Alcañiz en la Edad Moderna, contó entre sus conexiones alguna polaca. Trataré de hacerme con más datos de ella. Pero aprovecho para subrayar de paso que el latín no terminó con Cicerón, Horacio y Virgilio. Por más que algunos excelentes profesores ya tuvieran a Séneca por un tardío provinciano relegado a una nota a pie de página).

La descripción que el matrimonio De Frutos nos hace de la pantagruélica cena que en su casa le dieron unos amigos del país, los parientes de Suave conocedores de Sepúlveda, completa diríamos, sin que faltara la ensaladilla polaca y no os diré cuál es, desbordados los condimentos, los adornos y los rellenos, nos hace una vez más reflexionar en torno a la simplicidad de nuestro cordero. ¿Será pecado de lesa sepulvedanía no estimar esa cualidad un mérito, sin detrimento de su suprema coronación por el paladar?

En nuestro paseo nocturno vemos trabajar a dos panaderos elaborando pequeños hornazos de hamburguesas, del todo a flor de calle, generosamente iluminados, con humor para sonreírnos abiertamente. Los de las *Vidas sombrías* de nuestro Baroja estaban de peor genio en su faena.

**Martes, 2 de mayo. Gdansk-** El breve recorrido bajo la lluvia por el casco viejo de ayer después de cenar, le repetimos por la mañana con Eva, la estupenda guía local, de un castellano impecable, ávida de aprender, pródiga en cortesía, adivinándose la curiosidad placentera hermanada con la superación en el oficio, sin bajar nunca la guardia.

Terminada la guerra, hubo la propuesta mantener las ruinas, tal y como habían quedado, o sustituirlas por una arquitectura nueva. Se optó por la reconstrucción. Tan lograda que no es posible distinguir lo remplazado de lo auténtico. De paso, ¿por qué ese otro dogma de los bárbaros “restauradores” que padecemos en nuestro país y nuestro tiempo, de la distinción ineludible en estos casos, despiadada para la serenidad de la contemplación y la fecundidad de las evocaciones, cuando no el veto liso y llano a la reconstrucción, tal la que en Sepúlveda echamos de menos

del Arco de la Villa? Obedece a la misma exclusividad en la estimación de las obras del pasado, no viviente sino museística, cadavérica nos atrevemos a decir, que ese otro dogma destructor de la unidad de estilo. Nada más reñido con la imaginación y el ensueño.

Por cierto que nuestro grupo es disciplinado, y muestra interés por ver y aprender, lo que en estos tiempos, por exceso de facilidad viajera, no se da siempre. En otros con más profusión de titulaciones, a veces asoman pedanterías deladoras de la carencia de sensibilidad estética sin más, tal la condena sin paliativos de un estilo o la confesión de sólo ser estimado otro. No vienen a cuento los ejemplos.

Competencia de los patricios en la decoración de sus fachadas. Profusión de terrazas algo elevadas sobre la calle, de esa manera holgado el sótano donde se almacenaban las mercancías que venían por mar. Aquí se rodaron *Los Budenbrooks*. La abundosa presencia holandesa de que dijimos, en los tejados. Donde por cierto se ven las tejas colocadas a la muy poco frecuente manera invertida de Sepúlveda, si bien Iñáqui nos hace ver que tienen un entrante. Dori dice que esta ciudad no tiene nada que envidiar a Praga.

El monumento de las Tres Cruces a los muertos en la rebelión de los astilleros. La altura alcanza un valor autónomo, saliéndose de la aritmética. Nada mejor que las anclas en el remate. A lo largo del canal, visión de los mismos astilleros, en la menguada actividad que los queda. Y otro monumento tan sobrio como poderoso, conmemorativo de la acción militar con que convencionalmente se dice comenzó la segunda guerra mundial, los disparos del acorazado alemán *Schlesvig-Holstein* a la minúscula guarnición del polvorín de la *Westerplatte*, el día 1 de octubre de 1939, resistiendo siete días sus ciento ochenta y dos defensores. (Hemos dicho convencionalmente, y no sólo porque la ofensiva en masa a lo largo de toda la frontera empezó con simultaneidad. Pues los alemanes llevaban varios días provocando a diario continuos incidentes fronterizos irregulares. ¿Es uno mal pensado si esto le suena un poquito actual? Parece que en una de esas ocasiones se trató de un ataque disciplinado del ejército, el cual había interpretado mal una orden y creyó ya rotas las hostilidades).

La actual catedral de **Oliwa**, otrora iglesia del monasterio cisterciense. Tenemos la sensación del paraíso a la vista de sus naves. Las columnas de la parte inferior del retablo mayor son negras, recias y lisas. En la decoración que impera sobre las mismas, desde el arranque de la bóveda, se despliega la exuberancia de toda la gloria barroca. Veo no sólo el contraste, sino también el ya calendado efecto de la sorpresa.

La vista se pierde en la hilera de altares de las dos naves laterales. Tanto que tenemos otra vez la sensación de escaparse de la medida. Cediendo lo cuantitativo accidental a la esencia de la ilimitación. El vía crucis pintado decimonónico enlaza dos épocas. Recordatorio frente al trauma de la intolerante discontinuidad prodigada.

No voy a describir el órgano. Subrayaré sólo la preferencia de su acoplamiento a la arquitectura. Mientras suena, también le disfrutamos visual y hasta teatralmente. Pero no vemos avanzar a los ángeles hasta el centro de la nave, como nos los mostraron en mi otro viaje polaco, invitado por el Consejo de Europa, en su primer acto de presencia en el país, el itinerario de sus monasterios cistercienses. Eva nos dice que nunca lo ha visto.

En la basílica de la Virgen María, en la ciudad, depauperada en la etapa protestante, hay una excepción que llega a barroquizarla, en contra de la mentalidad y voluntad de los imperantes entonces. Son los epitafios murales. Nos recuerdan la catedral anglicana de Bombay. Un botón de muestra de la prodigiosa capacidad del estilo para adueñarse de otros previos y configurarlos a su albedrío desenfrenado. Las pinturas que fueron blanqueadas se van descubriendo lentamente.

Nos asomamos a la región de Kastzube, la Pomerania septentrional. Historias sobre el ámbar, el oro de Polonia que aflora en las playas. Cura el tiroides, por ejemplo, y atrae el amor. Cada uno de los doscientos cuarenta tonos que es capaz de manifestar, tiene su propio nombre. En cuanto a su aroma, Eva recordaba su cita por don Quijote a Sancho. Mientras que los colores de los bordados típicos de esta región son siete nada más, tres de ellos azules, por el cielo, los lagos y el mar. Dialecto, folklore, hayedos y a su vera carpinteros esmerados

Junto a Gdansk, **Sopot** y **Gdynia**. Sopot, la ciudad-balneario, obra de un médico del ejército napoleónico, Haffner, que aquí se enamoró y casó. Gdynia, la sede escolar de las dos marinas, mucho más moderna, construida de 1922 a 1936. Recuerdo aquellos congresos de historia de las nuevas poblaciones de nuestro Carlos III. En Sopot, profusión de miradores, los portales de las casas cubiertos- esto frecuente en el país-, rejería, torretas en las esquinas de las viviendas. Densidad de cisnes. La inmensa fachada blanca del Grand Hotel, de 1927, un diluvio de balcones curvilíneos, nos reproduce en su neobarroco lo que ya hicimos constar a propósito de algunos planos, palatinos u otros, en Varsovia.

La comida polaca me sigue resultando lo bastante familiar para apenas echar de menos la propia, pero con la justa diferencia para disfrutar de alguna novedad. Por cierto un capítulo en el que yo he sido tremendamente de campanario. Las primeras veces que pasé la frontera francesa abominaba de la mantequilla y suspiraba por el aceite de oliva.

**Miércoles, 3 de mayo.-** Volvemos a salir al campo sin puertas. Esfuerzo por interiorizar el paisaje continuamente ondulado de las pequeñas colinas.

Mañana en el Parque Etnográfico regional. Casas, cuadras, talleres. Comprobamos la unidad de la civilización tradicional. Juan-Emilio me señala la identidad del aserradero con el que tenía nuestro Mariano Morata. Un molino altanero es idéntico a los de la Mancha.

La iglesia resulta deliciosa. Toda de arte popular. Muy pequeña, pero completa: púlpito, coro, órgano, retablos, imágenes. En el altar mayor el misal impreso por Pustet, en Ratisbona, el año 1904. Pedro de Frutos curioseaba en él, pero sólo inicia un cántico sacro cuando casi se ha quedado sólo.

Comida, también de la tierra. Los sabores de la sopa de patatas me seducen tanto que me hacen reflexionar una vez más en la influencia de la búsqueda de las especias en los descubrimientos geográficos. Sólo a un paso, como estimulante cordial, de la frontera que da paso al vino. Aunque el secreto de esa sopa consiste en un poco de harina que dos o tres días antes se deja fermentar en agua. Con el codillo, una pasta hecha de patatas y harina con un barniz de leche, patatas a simple vista aunque un tanto empalmeadas. Mientras tanto Isidro el *Diablillo* nos cuenta como en sus tiempos del esquileo los pastores competían por ofrecer a sus amos e invitados el mejor cordero del rebaño para el ágape final. Empezando por darle de beber de varias madres. Por cierto que la frecuencia del cordero en los menús polacos debemos sentirla como una fraternidad añadida los sepulvedanos.

En Gdynia, el *Bleyskawila*, *Relámpago*, barco que sirvió en la segunda guerra mundial, ahora museo. El antiguo buque escuela, *Regalo de Pomerania*, *Dat Pomorza*. A su lado, el actual, *Dat Młodzieży*, *Regalo de la juventud*. A la entrada del puerto un monumento muy sugestivo de Joseph Conrad. El escritor, un polaco de tardía lengua inglesa que da nombre a la escuela naval, de medio cuerpo. emerge de la piedra como en algunas obras de Brancusi y nuestro Barral. A la vista de esta seducción de la novela marítima, entre mis paisanos, me acuerdo de Stevenson, y

de la otra Samoa, nuestro bar. Yo siempre que me sumerjo en su deliciosa penumbra me dejo llevar de las alas de la fantasía y el ensueño. mecido por las palmeras y los corales de su arrebatadora decoración. Ningún lugar mejor para esa evasión policroma y sin fronteras que nuestra villa de tierra adentro. No pudieron tener mejor idea Luisi y Juan-Antonio que enriquecernos con ella.

Ninguno escribimos tarjetas. Petra dice que tiene una buena colección de las que otrora la mandaban. Otro síntoma del cambio de los tiempos. Yo voy a hacer una excepción. Para Juan-José Rojo. Un entrañable amigo que os voy a presentar. Ya sabéis que yo sé algunas cosas de nuestro pueblo que no están en los libros, porque llegué a tiempo de preguntárselas a los viejos. Pero está a la vista que ya apenas me quedan algunos más entrados en años que yo a quien someter a interrogatorio. Juan-José, general farmacéutico de aviación retirado es una excepción. Él se dice “en lista de espera” pero todos lo estamos, y yo no precisamente lejos. Después de una grata etapa en Melilla, se instaló y casó en Murcia para toda la vida. Yo le he conocido en la Dehesa de Campoamor, uno de la tertulia del medievalista Juan Torres Fontes, hombre a cual más de su ciudad. Pero Juan-José es un paisano, de la ribera arandina, donde su padre fue médico rural, lo bastante ilustrado para que sus resúmenes de la prensa científica extranjera con destino a su colegio profesional contribuyeran a redondear los ingresos con que sacar adelante a la familia. Una pequeña prueba de que aquella España no estaba tan atrasada. Le gusta poner en verso sus recuerdos de aquella vida tradicional definitivamente ida, tal de sus años en San Juan del Monte: “Vidalillo me invitaba- a eso del atardecer- a que montara en el macho- hasta el pilón de beber”. Juan-José me lleva unos cuantos años, los bastantes para que todavía me pueda contar cosas. Pero hay otro motivo, más específico, para que le mande una tarjeta desde aquí. Y es la un tanto novelesca etapa polaca de su vida. Teniendo veinte años y estando en el Madrid sitiado y revolucionario se refugió en la Embajada de Polonia con bastantes compatriotas más. Se gestionó su salida para Polonia misma. Allí le hospedaron en la mansión de campo de una condesa rusa donde pasó nueve meses. (Precisar más detalles iría en detrimento de la atmósfera novelesca de la situación). Los campesinos acudían con los pies desnudos a la misa del domingo y sólo para entrar en la iglesia se calzaban. La maestra entraba en esa casa por la puerta de servicio. Todavía se acuerda Juan-José de la primera estrofa de su himno nacional. Al cabo los embarcaron en Dantzig para Lisboa. Y de ahí a la guerra. Habían prometido no participar en la misma, pero su cumplimiento resultaba imposible, pues habría llevado consigo la declaración de prófugos en su patria. Todo es historia ya.

**Jueves, 4 de mayo.-** Estábamos desayunando con el matrimonio De Frutos. Le acababa yo de hacer a él una pregunta sobre sus tiempos en el monasterio de la Santa Cruz, y la dimisión del abad Pérez de Urbel. El teléfono no le dio tiempo a responderme. Era de Sepúlveda. El mazazo de la muerte del padre de Margarita. La eficacia de Suave para solucionar su vuelta inmediata sin perturbar el viaje previsto fue admirable. Camino de Malbork, en el autobús, me permití exhortar a mis paisanos a disfrutar de la solidaridad manifestada, aunque pareciese paradójico. Pedro iba a cantar esta tarde en la misa. De alguna otra manera oiremos su voz.

**Malbork.-** Marienburg el nombre alemán. Nuestro hotel es el antiguo Hospital para los servidores de los Caballeros y las gentes del pueblo. De baja altura, Seductoras estancias abuhardilladas.

La imponente fortaleza, el triple castillo de ladrillo de esos los Teutónicos, antes mucho más grande, tanto que tras de algunas torres-testigo lo que hay son bloques de las viviendas de ahora. Pero se le continúa definiendo como el conjunto feudal más vasto de Europa. Por cierto que algunos bloques de hormigón fueron de ladrillo, pero hubo que sacrificar este material para contribuir al “regalo” de Stalin a Varsovia de que ya hemos dicho. Al acercarnos, no podemos ver la imagen de la Virgen, de ocho metros de altura, que empotrada en el ábside se divisaba otrora a las dos leguas. La iglesia es la única pieza por restaurar, mantenida como la dejaron los bombardeos. Sobrevive del retablo una sola columna salomónica. Las gentes del lugar anhelan que llegue la hora de dar en ella conciertos de órgano.

Variopinto museo a lo largo de sus salas. Algunas bóvedas tienen la decoración pictórica bismarckiana, floreal y policroma, pero de tonos suaves. Nos recuerdan los de los bordados de que dijimos. Colosalismo en la cocina. Profusión de vanos en el refectorio de invierno, mas extraña sensación de seguridad, pese a la claridad opaca de los cristales, a los que el tiempo ha despojado de sus vidrieras. Sala capitular. Estancias del Gran Maestre, Cloacas.

Una custodia de Königsberg, con ciento nueve piedras preciosas distintas, y el cubre-cáliz de litúrgico color pajizo, nos recuerdan los entusiasmos que ahora está viviendo en Sepúlveda la Cofradía del Corpus.

¿Deformación literaria? Me es inevitable, y me atrevo a postular se trata de algo generacional, ver este castillo con los ojos del lector de las novelas históricas del romanticismo. *El señor de Bembibre*, *El castellano de Cuéllar*, Sir Walter Scott siempre en el trasfondo. De aquellos tiempos idos, sí, pero también una permanencia.

En las tiendas, un libro de mi amigo y corresponsal de otros tiempos, el historiador Karol Gorski. Otros sobre el Cuartel General de Hitler, y el atentado del 20 de julio de 1944. Omnipresente el ámbar.

A fines de julio, casi coincidiendo con la nuestra de los Fueros, una fiesta medieval recrea aquí la batalla de Grunwald, el año 1410. El máximo campeón es llamado *pichichi*, como el mítico goleador en la preguerra del Atlético de Bilbao.

Pero para nosotros, Malbork es ante todo el pueblo de nuestro párroco. Suave Nos enseña la iglesia en que le bautizaron, donde bastantes mujeres están rezando sin prisa y en voz muy alta el rosario. En su fachada alternan la madera y el ladrillo, una manera prusiana, también en la cubierta, aunque al interior no resulte visible, algo difícil pero parece que muy ventajoso. Este templo fue protestante hasta el último cambio de esta tierra y la historia. Pero profusa su decoración de escenas bíblicas. Por eso tienen el coro extendido a los dos laterales de las naves. Posee un aire un tanto basilical. Su advocación ahora es el Perpetuo Socorro. De gran tamaño las estaciones del vía crucis, como venimos observando ser corriente por acá y ya hemos apuntado. Púlpito airoso de madera labrada. Sobre la entrada al presbiterio un calvario, que igualmente hemos observado ser una costumbre extendida. El párroco es un viejo monseñor que nos recibe con un cariño de abuelo y recuerda la fecundidad de su feligresía en vocaciones levíticas. La hierba crece sobre un campo inmediato. Allí estuvo el cementerio alemán. Su inevitable abandono se salvó recogiendo sus restos y dándoles una conjunta sepultura digna.

Camino del barrio del nacimiento y la familia de Suave, otrora habríamos franqueado la frontera entre Alemania y la ciudad libre. Dos pequeños cementerios juntos, el de los soldados rusos y el de los pilotos ingleses.

Inmediata a su casa natal, una minúscula capilla donde cantó su primera misa. Pero ahora hay una iglesia nueva construida al lado. Largos cánticos del mes de las flores a María. Recuerdo con pena nuestra prisa, determinante de que los gozos a la Virgen de la Peña se canten después de las funciones, sólo por una parte de la asistencia, mientras el resto se precipita indiferente a la puerta, desterrados del puesto sosegado y solemne antes de la salve que tuvieron hasta hace unos treinta años.

Suave concelebra con otros dos sacerdotes. Llevan roquete los monaguillos, ambos colocados al mismo lado de los oficiantes, pues también los hay, acólitos digo, como el que hace de sacristán, y al alzar se toca la campanilla. El párroco alude a nuestra presencia y la concurrencia local nos aplaude calurosamente. Suave aplica la misa por nuestro paisano difunto, alude a cómo Pedro de Frutos iba a cantar el avemaría, y reitera que a él y Margarita los llevamos en nuestro corazón.

La parroquia de Urueñas nos ha deparado una estupenda lectora de la epístola. Y a cada una de las tres, la regala ésta de aquí una casulla. Después, Juan-Emilio inspecciona el presbítero con vistas a poner en él una nueva mesa de altar en piedra de Sepúlveda. Estaría puesto en razón que fuese un regalo, por suscripción abierta a todos, de todas nuestras parroquias también. Mientras todos nos honramos con saludar a los padres de nuestro párroco con todo el corazón. Piedra rosada de Sepúlveda, piedra de los hermanos Barral, piedra de Juan-Emilio que sí sería una digna página de crónica de este viaje, tanto que sólo san Frutos mismo la pasaría, como hace todos los años el día de su fiesta con una más del libro que tiene en la mano sobre la entrada a su catedral de Segovia. (Por cierto. Apenas he citado a Juan-Emilio, si es que lo había hecho alguna vez antes de ésta. Pero es que de hacerlo cada vez que merecería la pena tendría que escribir otra crónica por lo menos de la misma extensión que la que va corriendo).

Después, nos adentramos en el bosque profundo. Un mundo que nos falta allá, aunque a mí me recuerda algo una etapa de la vida por el pinar de Cantalejo. Paseo en calesa. Los hay que se atreven a hacerlo a caballo. Como Isidro que vuelve a recordar sus tiempos de esquilador, pero ahora los castrenses, en su mili madrileña, soldado del regimiento de infantería de León 38, dotado de ganados para portear sus ametralladoras y morteros. Sus paseos ecuestres desde el cuartel de María Cristina a las Ventas, con el sargento picador, son una de esas estampas recientes que en la gran ciudad apenas se creen a esta hora de su desarrollo. En este pedazo de campo de Polonia, yo me acuerdo de *Los campesinos*, de Wladislaw Reymont. Alicia me señala *La tierra prometida* que también he leído. Pero la grandeza épica de aquélla, cimentada exclusivamente sobre la vida corriente de la aldea de Liepce, es prodigiosa. Yo la viví, leyéndola en la Villa y con el pensamiento puesto en las aldeas, entonces pobladas. Cuando nadie se habría imaginado al párroco de Duratón recordando el día de San Isidro que aún algún labrador por quien aplicar particularmente la misa queda en el pueblo.

En la cena sopa de remolacha, abundantes carnes rellenas, ensaladas y bizcochos. Lanzo la idea de un hermanamiento del pueblo de nuestro párroco con el de su parroquia. Tenemos en el plano de la objetividad la coincidencia de nuestras fiestas medievales. En el contexto, pensemos en esa dicha gastronomía del cordero, que acá hace competencia a la caza. Yo me acuerdo también de la estrecha relación que tuvo Martín Barral con el magnate y esteta polaco Zamoisky.

Silencio y soledad nocturnos en torno al hotel, aunque desde él se llega a ver un ángulo de la fortaleza diurnamente tan concurrida por las muchedumbres turísticas. De pronto oigo un rumor que se va acercando, como de oleaje o lluvia copiosa. Pero es el tren. Tras un espacio verde y antes de que las filas de los edificios a la medida del hombre se hagan compactas, la sucesión tan evocadora de los vagones iluminados.

**Viernes, 5 de mayo.-** A Varsovia, por **Torun**. Cuando Suave nos dice que podemos mirar tanto a la derecha como a la izquierda, sabemos que nos hemos encontrado de nuevo con el ya Vistula amigo. Nos anuncia, a los que no lo sabían ya, que Pedro y Margarita están en Sepúlveda. Eficaz y rápido todo, también en la segunda parte desde que los dejamos.

Por el camino, a cada día de marcha, seis leguas, un castillo teutónico. Gniew, a lo lejos Chelmo. Alicia reconoce que, dejado aparte el enfrentamiento bélico con la población, los Caballeros fueron buenos colonizadores y urbanizadores.

Y en la ciudad de Copérnico. Torun se define así. Contaba con muchos graneros, como Gdansk. Alguno fue de la familia del astrónomo, por cierto ésa sin descendencia, con dos hijas monjas, ya dijimos de Catalina, y dos clérigos. La grada circular que rodea su monumento es lugar predilecto de encuentro para los enamorados. Formidable su latín: *terrae motor*, por una parte, y por otra *solis caelique stator*.

Visitamos su casa gótica. Otra frase latina, pero ésta suya, en la pared: *In medio vero omnium residet sol*. Botones de muestra de las capacidades y ocupaciones de este hombre integral, tal escenificada en una vitrina su teoría económica de los precios y su inflación.

Los edificios emblemáticos. Efigie de la fortuna sobre el Banco, de granito, coronado por los pináculos consabidos. (¿Sabéis que una de las inscripciones romanas de nuestra Villa se dedicó a la diosa Fortuna? Pero este dato no es una invitación a aproximaciones frívolas).

La lonja llega a románica. Frente al Ayuntamiento, el violinista que atrajo a las ranas y a los ratones, amenaza invencible para la ciudad entonces. ¿Eutanasia de estos animales? ¿Lección para los cazadores? ¿O no llegamos, o no queremos llegar, a eso? Otra vez el sello romano en la iglesia jesuita del Espíritu Santo. Una inscripción en el suelo nos recuerda el paso por una de las calles peatonalizadas del último tranvía, en 1970.

Copérnico también está presente en la catedral. Es gótica. Se adosan tantos retablos barrocos a sus columnas que, pese a la imposibilidad del acoplamiento espacial entre los dos elementos constructivos, se ha logrado el efecto de la naturalidad, llegándose a una visión de conjunto dominada por lo salomónico. Los grandes lienzos en algunas capillas profundas, tienen de por sí posibilidades paralelas de llegar a capillas ellos mismos. Así en el de san Ignacio de Loyola.

Su torre tiene la campana más grande de Polonia. Cuentan que al sonar por vez primera se despertó Dios, y agradecido envió a sus ángeles para que protegieran a la ciudad. Lo cierto es que en la primera guerra sólo murió en ella una vaca, y en la segunda no cayó más que una bomba.

Junto al monumento copernicano, Suave me confía sus esperanzas de hacer otro viaje para que completen el suyo Pedro y Margarita, o facilitarles uno individual. Por la noche nos dice que el matrimonio saldrá a la Plaza en Sepúlveda a esperar el autobús de vuelta.

Se anima la gente a comprar *pierniki*. La forma del *catalino* se ha hecho muy popular en la ciudad. Es por ejemplo la de las placas que llevan los guías de turismo. Las cajas metálicas en que se sigue envasando nos llevan a un mundo de idas policromías, antes de todos y de todas las cosas y en renovación habitual, ahora de los coleccionistas y preservado.

Vueltos a Varsovia, en el hotel nos encontramos el *Warsawa Business Journal*. Un apartado de las páginas inmobiliarias se titula *Spanish Invasion*, sobre las inversiones del sector.

**Sábado, 6 de mayo.-** De nuevo ante el monumento a Chopin. Sauces llorones y tilos, los dos árboles de Polonia. Cerca el de Pilsudsky, de pie. Aspecto de hombre poderoso y preocupado. Recuerdo la frase de aquel arqueólogo, amigo de Emilio Sáez, tan mimado por el poder comunista. “Cuando teníamos la dictadura de Pilsudsky o casi”. Testimonio de lo que entonces se pensaba en ciertos ambientes.

Aquí los caminos que se cruzan se llaman cruces. Tres Cruces es en Varsovia- ya sabemos su tan distinto significado en Gdansk- una encrucijada con la que nos topamos enseguida. La iglesia de San Alejandro, y por eso a veces se toma por ortodoxa, es redonda. Pero se trata de una imitación del Panteón de Roma.

El monumento, evocador de episodios y a la vez representativo de la población participante, a los insurrectos de 1944, tiene tremenda fuerza dramática. A sus espaldas, las muchas pilastras del nuevo Tribunal Supremo, cada una con un texto latino alusivo a la justicia, tal el del jurisconsulto Ulpiano, que otrora nos aprendíamos en la primera clase de Derecho Romano: *vivir honestamente, no hacer daño a nadie, dar a cada uno lo suyo*.

Entramos en Santa Ana. Las bóvedas policromadas en el setecientos, y después un siglo más tarde. Parecen de estuco, pero son de madera. Los retablos de columnas doradas han conseguido dominar toda la arquitectura, hasta el extremo de convertir el interior en un anfiteatro. Ello porque en su colocación no se ha atendido a cada capilla, sino a la misma visión de conjunto. El órgano avanza levemente sobre la barandilla del coro, pero sin más entrantes que su continua fachada ondulada. Nada que envidiar a la apoteosis curvilínea de otros.

San Martín fue hospital de los insurrectos de 1944. Destruído en un bombardeo. Reconstruida la iglesia sin la decoración interior. Una de las hermanas franciscanas que en ella tienen su sede fue la arquitecta. La torre barroca sobre el basamento gótico. Notable el vía crucis, pero en este caso estilizado, pintado en negro en la pared. En un armazón de alambre que le completa, un pedazo de crucifijo que se salvó. (Por cierto que al entrar en las iglesias polacas es posible tomar agua bendita).

Gótica es la catedral, antes colegiata de San Juan Bautista. Muchas vidrieras altas y estrechas, regaladas por los polacos de los Estados Unidos, llegan a sustituir a los retablos que fueron dignamente. La tumba del cardenal Wizincky, una lápida nada más en el suelo de su capilla.

El Castillo Real. Bombardeado en el asalto a Varsovia de septiembre de 1939. En 1944, ya sofocada la rebelión de la ciudad, dinamitado expresamente por los alemanes. El número de agujeros que para ello hubieron de hacer es una cifra que marea. Fue reformado neoclásicamente por el último rey, Estanislao Augusto Poniatovsky, y es obra italiana con algún aporte francés. Recuerdos de su paso, entre lo público y lo íntimo, hasta irse destronado a San Petersburgo, cual prisionero particular de su amante Catalina la Grande. Para la reconstrucción se adquirieron cincuenta quilos de oro. El poco que queda original en los techos y paredes es más oscuro.

El a la vez salón de baile y teatro real nos recuerda el similar multiuso del Teatro Bretón de Sepúlveda en otros tiempos. Saloncito de las conferencias o de los monarcas europeos, por los retratos que de éstos guarda. En sus paredes trece tipos de madera. De tejo es el dormitorio. La cama es más bien una *chaise longue*. No era necesaria más longitud. La abundancia de almohadones permitía dormir casi sentado. Bueno para la digestión, y una distinción más de la plebe que lo hacía en la postura natural. El vestuario, donde el rey pasaba dos horas a diario para ser ataviado. La capilla, que estuvo cerrada por católica en la fase zarista, ha de conformarse por eso con un mobiliario de fortuna. Muchos Canalettos, alguno de los cuales sirvió para reconstruir la ciudad. Salita de los oficiales de la guardia. El pequeño comedor de los almuerzos regios de los jueves a los intelectuales. Redonda la mesa, como la de los caballeros del rey Arturo. Ellos tenían derecho a una copa de vino. No así el monarca, quien había prometido a su madre en el lecho de muerte hacerse abstemio. *Quique sacerdotes casti dum vita manebant*, uno de los textos del salón del trono alusivos a la población estamental del país. Las pequeñas y abundantes águilas de plata que tapizaban el fondo del salón del trono, tras este mismo, fueron robadas por el gobernador general nazi. Sólo se recuperó una que envió un coleccionista canadiense. De aquel personaje recuerdo su condena en Nuremberg, y la propuesta al fin rechazada de que el lugar de su ejecución fuera Polonia. Tener muchos años lleva consigo la carga de almacenar también recuerdos que pesan.

Animada la Plaza del Mercado. El monumento a la Sirenita y su pescador, que se casó con ella, los fundadores de Varsovia, así llamada por los nombres del uno y la otra. Ya hemos visto otros ejemplos de la fecundidad del legendario urbano en las ciudades polacas. ¿Explicada ésta capitalina por la nostalgia del mar?

A unas once leguas, Zelanowa Wola. La casa donde el 22 de febrero de febrero de 1810 nació Federico Chopin, su padre preceptor de los terratenientes dueños. En medio del parque Kampinos, merecidamente, en aras del músico mimado por los demás jardines botánicos del mundo. Cuando tenía él un año, se trasladó la familia a Varsovia, donde el padre dio clases, pero volvió de cuando en vez y se dice que allí descubrió la música popular del país. A los acordes del piano- pero no del “piano jirafa” que vemos- por las modestas habitaciones en penumbra nos damos cuenta de la permanencia del romanticismo, pese a estos últimos cambios de los tiempos que apenas si han dejado algo en su sitio. Como en los tiempos de mi despertar a las sepulvedanas en flor, del baile de la Plaza al del Teatro... Tanto que los detalles nos resultan secundarios: la copia del retrato de Delacroix, las partituras, los muebles, algún apunte autógrafo... (En este viaje parroquial viene bien recordar que el movimiento lento del *Segundo Concierto para Piano* de nuestro compositor se cuenta entre los ejemplos de música instrumental que, pese a no ser litúrgica ni sacra, se tiene por religiosa)

Vueltos a Varsovia, Suave celebra para nosotros en la Catedral. Nos parece un privilegio insólito esta concesión. Acaso no tanto si hubiese sido en la primacial de Gniezno, de tanta grandeza histórica como sosiego actual amasado de olvidos. Pero estamos en la capital...

Deambulando luego en un breve tiempo libre, entramos en una iglesia donde unos pocos dominicos están cantando en su coro del presbiterio. Luego nos encontramos con la de Santa Casimira, de benedictinas, fundación de Juan III. Está cerrada, pero el cristal deja ver el interior, y fuera hay un reclinatorio amplio para rezar arrodillados.

Algunas placas modestas y nada relucientes nos indican pequeños reductos donde sopla el espíritu. Tales el Museo de Historia de la Farmacia y el de Madame Curie. Al ser ésta enterrada se la echó un pedazo de tierra polaca.

**Domingo, 7 de mayo.-** Vamos a ver el Palacio Wilanow, el de Juan III Sobiesky, el rey polaco de Ucrania que defendió Viena del asedio turco. Muy cerca encontramos la parroquia de Santa Ana, del ochocientos, construida por los condes Potovsky, los propietarios que sucedieron a los Czartorosky, de paso breve en la mansión, que cedieron a una de su linaje para que a un Potovsky la aportase en dote. Hablo con Alicia de Alberto, el salesiano de aquella estirpe, pariente del Rey de España, beatificado hace poco, del que yo escribí ha dos años en el Programa de las Fiestas de San Miguel. Santa Ana es renacentista. En el campo inmediato, un cenotafio neogótico evocador de todos los difuntos de la familia. En torno un vía crucis monumental. Preciosos magnolios de grandes flores blancas.

Al fin en la fachada del palacio, el amarillo alternando con el blanco, hace parte esencial del estilo, el que permitió al marqués de Lozoya hablar de aquella otra internacional artística, a la que Sepúlveda aportó la piedra para la fachada del Palacio de La Granja. Ángeles con trompetas triunfales encuadrando una ventana, y relieves de la gran gesta vienesa.

Y ahora pido a mis compañeros de viaje que me lean la venia para evadirme a algunos detalles nada más, liberado de la disciplina del plano y el alzado, de la geometría de estas paredes donde en el ochocientos el estuco sustituyó al terciopelo que, además de ser más bello, coadyuvaba a la calefacción, ¿como la madera del suelo?. Cual si fueran pormenores de ilustraciones de poemas de Rubén Darío o el conde de Foxá. De una a otra geografía estética y creadora: la sala etrusca, los vasos holandeses de estilo chino o japonés, la pareja de espejos de Bohemia que se dirían venecianos, la caprichosa decoración de fragmentos de arqueología recordatoria de viajes a Roma...La galería de Cupido, el bargueño de esmalte con un efecto de profundidad que pretende llegar a lo inacabable, el oratorio barroco del siglo XIX, los fruteros de bronce dorado, la estufa de porcelana cuyo destino nos sorprende pero encontramos puesto en razón, ahí es nada en nuestros climas.

Nuestra última visión es el Palacio sobre el Agua, la otra residencia real. De ahí al aeropuerto. Entramos los primeros en el avión. Me siento inquieto a medida que van llegando pasajeros sin que ninguno más de nuestro grupo aparezca. Pienso si ha habido un mal entendido y nos están esperando peligrosamente. Hablo con el comandante, Javier del Pino, quien me promete no irse sin ellos. Me enseña la hoja de vuelo. Los pasajeros registrados somos ciento ochenta y uno. Al fin vamos viendo sus caras.

Hace buen tiempo. Nubes y sol. A punto de llegar a Nuremberg y pasada Praga, el comandante nos lo dice, anunciándonos que pasaremos junto a Stuttgart, Ginebra, Lyon, Tarbes y por los Pirineos a Zaragoza. En Barajas con algún adelanto.

Llegado a casa, mientras otros caminan hacia nuestra Sepúlveda, llamo en mi auxilio a la literatura para entretener mi nostalgia. Releo el comienzo de *La muñeca*, esa formidable novela realista, de la buena época del género, de Boleslao Prus, desarrollada en la Varsovia todavía zarista: “Al empezar el año 1878, cuando el mundo político se ocupaba de la paz de San Stefano, de la elección del nuevo papa, o de las probabilidades de una nueva guerra europea. los negociantes de Varsovia y los burgueses de la calle Krakowskie-Przedmiescie, se ocupaban con no menor interés del estado del negocio de quincallería que funcionaba bajo el nombre de la firma J.Mincel y S.Wokolski. En el afamado bar donde se reunían para la cita vespertina los propietarios de tiendas de ropa blanca y de vinos, los fabricantes de cervezas y de sombreros, los respetables padres de familia que vivían de las rentas y los propietarios de inmuebles sin ninguna ocupación, se hablaba con igual animación de los armamentos de Inglaterra y de la firma J.Mincel y S.Wokolski”. ¡Siempre unidas la literatura y la vida y el milagro de la novela perenne!

Además he de ocuparme de atar algunos cabos que se quedaron sueltos. Había mucho barullo y poco tiempo en la tienda del palacio Wilanov. Se me escapó un libro en inglés de buen aspecto sobre los rebeldes polacos del romanticismo. Y un disco con ofertorios y comuniones de Nicolás Zelenko en la vieja Silesia. En la menguada cubierta de estos compactos, despertadora de penosas nostalgias del vinilo, sólo el título en letras cuadradas de la partitura. Pero nos dice tanto ahora...En fin, un pretexto para entretenerme en la búsqueda. ¿O de volver? En cambio si me traigo una novelita en polaco de Simenon para la colección de Diego Conte *senior*, pues bien lo merecen el hombre y su acopio.

Tremenda la falsedad de la opinión de que el dinero gastado en los viajes no queda, a diferencia del invertido en cosas materiales. ¿Nosotros no tenemos ya para siempre las memorias de este nuestro, no somos gracias a ellas más ricos? A la vez estímulo para los que vendrán. Algunos también parroquiales. Parece que la Francia de Lourdes, la Salette, Ars, Lisieux, Paray le Monial, la hija mayor de la iglesia, y la Alemania que tiene en Colonia la catedral de los Reyes Magos, San Bonifacio en Fulda y la iglesia de los Catorce Santos, nos resultan demasiado cercanas. Y nos acordamos de que otrora Polonia y Lituania estuvieron unidas en una nación inmensa. Ir a ésta es complemento de nuestro habernos asomado a aquélla. Yo conocí a un profesor polaco cuyo segundo apellido era lituano y decía que *mater semper sancta est*. Y no nos olvidemos de que la musulmana Turquía contó en la cuna del cristianismo, y ahí está el itinerario de San Pablo. El polaco Juan Sobieski libró de los turcos a Viena. Pero Suave recuerda la caballerosidad del Sultán, preguntando por el embajador de Polonia en la recepción diplomática de todos los años, cuando el país estaba privado de la existencia, para hacerse contestar: “No ha llegado todavía”. (La historia política del siglo XX no abunda en gestos de este desinterés). Estos días se ha representado en el real de Madrid *El rapto en el serrallo*, de Mozart, otro turco clemente y misericordioso...

Esperemos pues. Y recordemos. No bajemos la guardia. Y que la decoración de Samoa nos sea mágica.

ANTONIO LINAGE CONDE